ENTRAN A CORRER

A LOS ARTISTAS

Mario Eduardo Muro

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

A los Titanes, a los magos, a los acróbatas, a los artistas callejeros, y a todos los que combaten el Mal con actitud de superhéroes y con superpoderes de mentirita. Y sabiendo de antemano que van a perder, combaten igual.

ADVERTENCIA

La historia que aquí se relata es totalmente ficticia. Los personajes, los nombres, las marcas, los lugares, las agrupaciones políticas, los hechos, todo es producto de la imaginación del autor.

Cualquier parecido con personajes, nombres, marcas, lugares, agrupaciones políticas y hechos reales es producto de la casualidad.

1. FESTIVAL DEL DÍA DEL NIÑO EN RÍO TURBIO

Alfredo sintió las manos frías y sudorosas; se alarmó porque sabía que pronto empezarían a temblarle. No podía ocurrir en peor momento: iba a tener la primera actuación desde su llegada a Río Turbio, y justo ahora le venía otra vez ese malestar.

En la mesa de al lado había un par de botellas de vino y por un momento estuvo tentado de servirse. Pero ya le habían avisado que apenas terminara el payaso era su turno. Trató de distraerse, de pensar en otra cosa pero no hubo caso, las náuseas aparecieron igual. Para colmo, el gimnasio de la escuela era demasiado chico para tanta gente, la pintura era demasiado reciente, y la sensación de falta de aire lo hizo sentir peor. Ya no había tiempo para salir a tomar un poco de fresco, y además, más que fresco afuera hacía un frío de los mil demonios.

El payaso, un gordito de voz fingidamente chillona, arengaba a los pibes:

- ¡Chicos, chicos! ¡Vamos a darle un aplauso a la gente del Frente Para La Victoria, que organizó esta fiesta del día del niño! ¡Y otro aplauso grandote para la Ministra Alicia, que nos trajo tantos regalos lindos!

Los chicos aplaudían y gritaban "¡bieeeeen!"; la Ministra agradeció la ovación agitando tímidamente el brazo derecho.

- ¡Y ahora, mientras preparamos el chocolate, les presento... al magooo... Alfredooooo!

Otra vez los chicos gritaron y aplaudieron; todas las miradas apuntaron al mago. Sólo entonces Alfredo se dio cuenta que no le había dicho su nombre artístico al presentador, pero ya era tarde para corregirlo. Comenzó a caminar hacia el escenario, pero las piernas le pesaban y le parecía que no llegaba nunca. Quiso apurarse y lo único que logró fue tropezar en el último escalón. Cayó de rodillas y los

chicos estallaron en carcajadas. A cuatro patas, levantó la cabeza y miró al público. Parecía un boxeador groggy que no lograba ponerse de pie. Cuando por fin pudo hacerlo, siguió caminando con paso vacilante y su torpeza provocó más risas entre los chicos. La mayoría de los adultos, en cambio, lo miraba sin entender. Uno de ellos comentó:

- Che... ¿qué le pasa a este tipo? ¿está en pedo?

- No, no- contestó otro- Mirá cómo se ríen los pibes. Debe ser parte del número.

Alfredo trató de calmarse; después de todo su fuerte era la magia cómica y si hacía las cosas bien podría pasar como que esa entrada era parte de su rutina. Pero el primer efecto tenía que ser impresionante, no sólo porque debía ganarse al público sino porque tenía que desplegar la bandera con su nombre artístico. Se sobrepuso al mareo que amenazaba con mandarlo al suelo otra vez, tomó el bastón de desaparición e hizo algunos pasos de baile tratando de seguir la música de

fondo. El bastón se hizo humo con una pequeña explosión, y en sus manos quedó colgando un rectángulo de tela negra y brillante que tenía escrito con lentejuelas el nombre artístico que Martín Karadagián le había inventado quince años atrás. Lo exhibió con orgullo, pero en vez de los esperados aplausos oyó más risas de los chicos. Algunos de los adultos, en cambio, lo silbaron; al principio con timidez y luego con cada vez más firme convicción. La Señora Ministra y sus acompañantes habían enmudecido y estaban evidentemente molestos.

- ¡Este guacho se está burlando!- gritó alguien.

- ¡Es una cargada! ¡A éste lo mandó la contra!

- ¡Se está cagando de risa! ¡Sáquenlo a ese trosko!

Después de ese grito, los siguientes se superpusieron y ya no pudo entenderse nada. Era obvio que algo había salido mal y Alfredo no entendía qué era. Volaron vasos de plástico hacia el ilusionista, y otros probaron puntería con latas vacías de Quilmes. El payaso que hacía de presentador subió al

escenario en dos saltos, tomó el micrófono y empezó a soltar frases sin mayor sentido, tratando de calmar a la gente. Mientras tanto, media docena de matones agarraron al mago, sus cosas y lo bajaron a empujones. A pesar de su tamaño, Alfredo se sintió arrastrado hacia el fondo sin posibilidad de resistir, y no tuvo miedo por él sino por sus artículos de magia.

Lo encerraron en el baño y allí no aguantó más: se metió en uno de los boxes y empezó a las arcadas sobre el inodoro. Cuando salió se sentía mejor y estaba dispuesto a buscar su postergado vaso de vino. Pero Naranja Ulloa, el puntero político y funcionario municipal que lo había contratado, le interrumpió el camino hacia la salida agarrándolo del saco.

- Decime, pedazo de pelotudo- lo increpó- ¿cómo se te ocurre mostrar una bandera que dice "EL TEMIBLE LÚPIN"? ¿No sabés que la rubia esa que te saludó es la Ministra de Asuntos Sociales? ¿Y que es la hermana de Lupín? ¿Querés que me echen? ¿Querés que te mate?

Hubiera bastado un manotazo de Alfredo para sacarse de encima al furioso tesorero municipal. Pero Alfredo no se defendía: sus pocas fuerzas se concentraban en tratar de entender.

Allí, entre nuevas náuseas e insultos, se enteró de que su nombre artístico y el sobrenombre del Señor Gobernador eran casi idénticos, pero a Naranja no le importó que el suyo fuera "Lúpin", con acento en la "u". El funcionario golpeó una y otra vez el abdomen de Alfredo, pero sus trompaditas histéricas sólo servían para descargar su furia. El mago ni las registraba.

Calmada la bronca, el funcionario y sus matones se empezaron a ir de a uno en fondo. El último de los matones se dio vuelta, lo miró con odio y antes de salir le dio una tremenda patada a una de las cajas del mago. La caja de madera chocó contra la pared del fondo, ante la desesperación de Alfredo: esa era la caja de las palomas. La levantó con delicadeza, la

abrió y comprobó que una de ellas estaba muerta. Ahora sólo le quedaba Gricel, la blanquita.

Un rato más tarde, uno de los chicos le avisó a su madre que iba al baño. Pero en menos de un minuto estaba de vuelta, agitado.

- ¿Qué te pasa, Demián? ¿No fuiste al baño?

- Sí, fui, mamá. Pero está el mago, sentado en el piso y llorando a los gritos. Me dio miedo de entrar. Vamos a casa, mejor.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

2. SE SOLICITA COLABORACIÓN

PARA DAR CON EL PARADERO

- Cálmese, contador... la vamos a encontrar, no se preocupe... son cosas de pibes, usted sabe- le decía el oficial de la Comisaría Segunda a un furioso ciudadano.

- Pero usted me está tomando el pelo... yo vengo a denunciar la desaparición de mi hija, y me sale con que es drogadicta y que se fue con un novio...

- No, no, no quise decir eso. Simplemente le pregunté, es muy común que pasen esas cosas.

- Pero hombre... en vez de hacer preguntas estúpidas, ¿porqué no se mueve? Mi hija puede estar en peligro y a usted sólo le interesa saber cosas de su vida privada. ¿Qué es esto? ¿Una comisaría o un conventillo?

El oficial Cárdenas respiró hondo dos o tres veces antes de contestar. No hacía una semana que el Intendente lo insultó

en público por haber detenido a su hijo, sin importarle que el pibe manejara borracho, sin carnet y a ciento veinte por la avenida. Estaba acostumbrado a la prepotencia de los funcionarios pero éste ya se estaba pasando. Tenía miedo de contestarle como se merecía y de terminar dirigiendo el tránsito en Tres Lagos.

- No se ponga así, lo que pasa es que para moverme necesito datos, contador. Usted debe tener pistas: amigos, parientes, teléfonos, direcciones... Ya averiguamos en el aeropuerto y por ahí no salió; necesitamos saber más. Está en Río Gallegos o está viajando por tierra... no puede estar lejos, tranquilícese.

- Pero qué clase de policías son ustedes... eso lo podría averiguar yo, Cárdenas. Lo que tienen que hacer es encontrarla y traerla de una oreja, no me venga con pavadas.

- Mire, contador... la chica ya es mayor de edad. No va a ser como la vez pasada. Y menos si se fue de la provincia.

Podemos averiguar dónde está, por lo menos, pero no traerla contra su voluntad. Ni usted, ni mucho menos yo, podemos obligarla a volver. Ya sabe cómo son estas cosas.

La investigación del homicidio del profesor, pensó Cárdenas, tendría que esperar: el paradero de la hija de un miembro del Directorio del Banco Provincia era más urgente. Y el Contador Broznic pensó que la policía de la provincia era una manga de inútiles. ¿Como que no la podían traer de regreso? Algún modo tenía que haber...

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

3. RESACA EN COMODORO RIVADAVIA

La luz le lastimó los ojos y no supo si ya había amanecido o si se había dormido con la lámpara del techo encendida. Recordó que la habitación no tenía ventana, y no tuvo más remedio que palpar buscando el reloj: eran más de las nueve y pronto tendría que irse.

El colchón era tan finito que le pareció que los flejes de la cama se le habían dibujado en la espalda, y se sentía tan cansado como antes de acostarse. Se metió en el mínimo baño con la esperanza de que el agua fría lo reanimara; golpeó la cabeza dos veces contra la flor de la ducha. Se maldijo pensando en los treinta pesos que le había costado pasar la noche en esa pocilga, y se dijo también que hubiera sido mejor dormir en el auto como tantas veces lo hizo en los últimos meses. Pero se acordó que el Volkswagen era ahora propiedad de los gitanos, que le habían dado a cambio un Fiat 147

achacoso y unos pesos que ya casi se había gastado; y que la butaca del 147 era poca cosa para su metro noventa y sus ciento veinte kilos.

Salió de la habitación llevando las cosas hacia el auto. El conserje estaba acostumbrado a tratar con pasajeros raros, pero cuando de una de las cajas salió una inconmovible paloma, blanca como la nieve, se quedó mirándola y no pudo evitar la exclamación de asombro ni la pregunta obvia:

- ¿Usted hace magia?

Después de la mala noche, y paladeando todavía el regusto amargo del litro de vino barato de la cena, Alfredo tuvo ganas de mandarlo a la mierda. Pero esbozó una media sonrisa, y le contestó lo mejor que pudo:

- Tanto como magia, no... lo que yo hago es ilusionismo, prestidigitación, escapismo... esas cosas.

El viejo del hotel siguió haciendo algunos comentarios acerca de lo linda que es la magia, y le contó de aquella vez

que Fu Manchú había actuado en la Sociedad Española de Comodoro Rivadavia. Pero Alfredo lo dejó hablando solo y cuando terminó de acomodar las cajas puso primera y se fue, saludando desganadamente de lejos con un ademán.

Aquella noche y después de un buen rato de sobremesa en silencio, el viejo conserje le comentó a su mujer:

- Hoy estuve toda la mañana charlando con un mago...

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

4. MALABARISTA OBSTACULIZA EL TRÁNSITO EN LA RUTA 3

La chica parecía más joven de lo que era y era más bonita de lo que parecía. Pero con esa gorra tejida de rastafari, con esa remera a rayas que casi ni dejaba adivinar su busto adolescente, y con esos pantalones enormes, a primera vista parecía un muchachito escapado de una película de Chaplin. El oficial Carrasco la miró por encima de los anteojos.

- ¿Dónde aprendiste eso, piba?

- Cuando estudiaba en Buenos Aires, en una escuela de circo.

- ¿Qué? ¿Estudiabas para cirquera?

- No, fui a estudiar Ciencias Económicas. Pero no me gustaba y me dediqué a esto.

El suboficial interrumpió para decirle a Carrasco:

- Estaba obstaculizando el tránsito en la ruta, frente a la Shell, señor...

- No, que obstaculizando... yo hacía malabarismos mientras el semáforo estaba en rojo- se defendió la chica.

- Además- siguió informando el suboficial- mendigaba a los conductores, jefe...

- Pero qué dice... yo paso la gorra, señor... actúo primero y después paso la gorra, eso no es mendigar.

El oficial Carrasco pensó en su último viaje a Buenos Aires, y recordó el ejército de personajes que rebuscaban una moneda en cada esquina de la Avenida 9 de Julio: refugiados de Europa Oriental, adolescentes limpiavidrios, vendedores de gaseosas en lata... y malabaristas. Era la primera vez que tenía noticia de uno de ellos en Comodoro. Sintió curiosidad.

- ¿Y cómo viniste a parar acá? ¿Dónde vivís, piba?

- Bueno, yo soy de Gallegos. Estaba estudiando en Buenos Aires y cuando mi viejo se enteró que dejé la facultad,

me llevó de nuevo para allá. Pero ya cumplí veintiuno, así que ahora no me pueden obligar a nada. Estoy tratando de llegar a la costa; en la temporada se puede trabajar bien. Paré en Comodoro porque necesitaba hacerme unas monedas para el viaje, jefe.

Inmediatamente después de decir "jefe", Daniela miró burlonamente al suboficial que la había traído hasta la comisaría. Pero éste ni se enteró de la ironía. Carrasco siguió hablando:

- Mirá, piba, Comodoro no es Buenos Aires. No podés revolear antorchas encendidas en la avenida, porque esa avenida también es una ruta nacional, y pasan camiones de carga, y vos embromás el tránsito y puede haber un accidente. Así que dejate de joder y andá a actuar a otro lado. O mejor, seguí viaje. Pero no aparezcas más por acá, ¿sí?

Daniela levantó las cejas y estiró las comisuras haciendo un gesto de resignación. Pidió que le devolvieran las clavas,

pero como no la entendieron, se corrigió pidiendo las antorchas.

Entonces sí, le alcanzaron el bolsito con sus herramientas de trabajo.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

5. PRIMERA ACTUACIÓN CALLEJERA

El sol no terminaba de asomarse, pero comparado con los días anteriores, ese sábado estaba espectacular. Acostumbrados a los caprichos del clima cambiante, los comodorenses aprovechaban la tarde para pasear por la costanera. Y allí, casi al final del paseo, había una figura imposible de pasar por alto: un tipo enorme, vestido con un frac celeste que brillaba como las batas de los boxeadores, una galera negra y zapatillas blancas. Había armado una mesita sobre la vereda, y en el mantel negro que la cubría se podía leer, escrito con lentejuelas, "EL TEMIBLE LÚPIN". Detrás de él había estacionado un Fiat 147 blanco que tenía dos parlantes en el techo. En medio de una insoportable distorsión, debido a que el volumen estaba al máximo, se podía reconocer la voz de Fito Páez cantando "Circo Beat". El grandote de frac celeste tomó un bastón negro y lo hizo bailar entre los dedos, luego de

mano en mano y finalmente el bastón quedó parado frente al artista, apoyado en una punta y agarrado aparentemente de la nada. El mago agitaba las manos y todo el cuerpo; era un bailarín bastante bueno y el bastón parecía seguir sus movimientos.

Al principio por el ruido y después por el artista, los paseantes se detuvieron a mirar. En sus caras había de todo: algunos abrían la boca con asombro, mientras otros arrugaban la frente con incredulidad. Uno de los chicos gritaba:

- ¡Tiene un hilito, lo agarra con un hilito!- mientras señalaba el bastón bailarín. Pero no alcanzó para romper el encanto.

Llegado el acorde final de la canción de Fito, el mago recuperó el bastón de un salto. Y cuando lo tuvo en sus manos el bastón se transformó en un montón de papel picado que el viento se llevó de inmediato, y en las manos del artista quedó un pañuelo celeste que se guardó con elegancia en el bolsillo

superior de la chaqueta. Los incrédulos del público demoraron un poco más que los otros, pero todo el mundo aplaudió.

Antes que se enfriara el aplauso, el mago ya estaba listo para el siguiente juego. Sin darle tiempo a su público para tomar aire, transformó un cucurucho en un ramo de flores, sacó pañuelos y naipes de las cabezas de los chicos que estaban más cerca de él, jugó con unas esferas plateadas que aparecieron de la nada, se multiplicaron de la nada y se esfumaron de igual forma, todo acompañado con grandes ademanes y con un fondo musical que molestaba más de lo que ambientaba.

Ya seguro de haber fascinado al público, tomó un ejemplar de "Crónica" y lo hojeó aparatosamente para mostrar que era sólo un diario viejo; luego la dobló hasta formar un cuenco y, tomando una jarra con agua que había dejado en la mesita, comenzó a volcar el líquido dentro de la cavidad. Ése fue el segundo fatal: concentrado en no derramar el agua, el

mago no advirtió que el chico que lo acusaba de usar un hilito tramposo se levantó con un salto de gato callejero y manoteó el diario. Instintivamente, se echó hacia atrás al mismo tiempo que alejó la mano que sostenía el cuenco de papel. Sobre el piso se derramó un líquido violeta que salpicó a buena parte del público, especialmente al rubiecito que había querido descubrir el secreto del truco apelando a la fuerza.

6. DOBLE FUNCIÓN EN LA COSTANERA

Y entonces, sin que nadie supiera de dónde salió, una chica disfrazada de muchacho se interpuso entre el mago y el público, llamando la atención con gritos que parecían en otro idioma pero que en realidad no significaban nada. De los bolsillos de sus enormes pantalones sacó unas pelotitas apenas más grandes que las de ping pong, de colores variados, y comenzó a hacer malabares. La atención de la gente no decayó y hubo algunos gritos de "¡Bravo, bravo!" por el fondo. Durante dos o tres minutos pareció que las esferas flotaban siguiendo su voluntad, y los movimientos eran tan veloces que nadie podía decir con certeza si se trataba de tres, cuatro o cinco pelotitas. Finalmente arrojó una a las manos del mago, que todavía no se había repuesto del susto. Lo agarró de sorpresa, así que la pelotita cayó al suelo. Le arrojó la segunda, y el mago alcanzó tomarla pero con dificultad. La

tercera ya la abarajó con elegancia; cuando recibió la cuarta, la atajó con la mano izquierda y la rodeó con la derecha hasta encerrarla en el puño. Luego lo abrió, mostró la palma, y la última pelotita ya no estaba: había desaparecido. Los dos artistas quedaron congelados unos segundos, y el público se dio cuenta de que el espectáculo había terminado y era hora del aplauso.

Alternativamente, el mago y la malabarista agradecieron los aplausos y se señalaron mutuamente, dando a entender que el mérito era del otro.

- ¡Señoras y señores, gracias, gracias...! ¡Ahora... si el espectáculo ha sido de su agrado... los invito a colaborar, a todos y cada uno, dentro de sus posibilidades!

Diciendo esto, el mago se sacó la galera y la extendió hacia el público. Un señor mayor echó dos o tres monedas de diez centavos en la copa, y unos pocos lo imitaron. Los más

ignoraron el pedido, y los del fondo aprovecharon para alejarse antes de que el artista callejero los alcanzara.

Entonces la piba del pantalón ridículo comenzó a gritar en esa jeringoza que a algunos les pareció ruso, y se sacó la gorra tejida para empezar a pasarla también entre el público. De la cabeza se le derramaron docenas de trenzas muy finitas. Mientras caminaba entre la gente agitaba la mano libre y cada tanto señalaba con el índice al interior de la gorra, y luego con el mismo dedo se estiraba el párpado inferior mientras hacía un gesto pícaro. Nadie entendía una jota de lo que decía pero a todos les resultaba graciosa.

Cuando se despejó la pequeña multitud la malabarista y el mago quedaron uno frente al otro. Y era notorio que la gorra de Daniela contenía bastante más que la galera de Alfredo.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

7. ENCUENTRO ARTÍSTICO

Había cometido un error de principiante y esta mocosa le sacó las papas del fuego. Las apariencias estaban salvadas porque todos creyeron que la aparición de Daniela fue preparada, pero él sabía que estaba en deuda y eso le molestaba. Disimulando la verdadera causa de su mal humor, la reprendió por pasar la gorra entre público que él trabajosamente había logrado reunir. Daniela se rió mostrando hasta las encías y le contestó en su idioma inexistente.

- No te hagás la boluda, que me entendés bien. Hablame en castellano...

- Bueno, che... disculpame, vi un colega en apuros y me pareció que tenía que ayudar. Si hubiera sabido que te ibas a enojar, pasaba de largo y te dejaba solo con esa jauría de pendejos malcriados.

Para decir este reproche Daniela apagó la sonrisa que un instante atrás le iluminaba el rostro y comenzó a acomodarse las trencitas dentro de la gorra con gesto serio. Alfredo se sintió vagamente culpable.

- Tenés razón. Disculpame vos, te tendría que dar las gracias y te estoy peleando. Me llamo Alfredo...

Ella ya había dado dos o tres pasos para irse, y la disculpa interrumpió su retirada. Miró atrás: el mago era un tipo corpulento que parecía aún más alto con esa galera enorme que tenía que agarrar con una mano para que el viento, que empezaba a soplar más fuerte, no se la llevara. La chaqueta era evidentemente de otros tiempos, porque ahora no le cerraba ni entrando la panza. Los bigotes, adivinó, servían más que nada para tapar unos dientes de conejo. Y para colmo, se había quedado con la mano derecha extendida, esperando un saludo que no llegaba, con el torso inclinado hacia adelante

como un japonés bien educado. Era un espectáculo muy cómico y Daniela estalló otra vez en risa.

Pero esta vez terminaron en una ruidosa carcajada a dúo.

8. CONFESIONES EN LA ANÓNIMA

Entraron a La Anónima y cada uno se dirigió al baño. Minutos más tarde salieron con sus bolsos al hombro y vestidos con ropa normal.

Algunos de los chicos que comían en el Super Quick habían estado en la accidentada función de la costanera y los reconocieron. Dos se acercaron a saludarlos, y Alfredo vio en una mesa lejana al rubiecito que le arruinó el número. El chico tenía una campera de color crema con un espantoso lamparón violeta en el pecho, y el mago rogó que no se le ocurriera acercarse porque estaba dispuesto a darle un tortazo. Daniela también reconoció al chico, más que nada por la mancha.

- ¿De qué es esa mancha?- le preguntó.

- Violeta de genciana. Un colorante que venden en las farmacias viejas. No sale con nada. Te juro que si me salpicaba el traje, al pibe ése lo estrangulaba ahí mismo en la costanera.

Yo antes tenía un frac blanco, de raso, y me lo manché pero por torpeza mía nomás. Lo tuve que tirar.

- Bueno, el pendejo ya está castigado entonces. Cuando los padres vean que la mancha de la campera no sale más... en fin, no quisiera estar en los zapatos de él.

A Alfredo le causó gracia la observación. Tenía casi cuarenta años y ya no recordaba cuándo fue la última vez que su madre o los curas del colegio lo pusieron en penitencia. Pero Daniela seguramente tenía muy fresca esa clase de recuerdos.

Se sentaron en un rincón, con el aplomo que tienen los que están acostumbrados a las miradas curiosas. Estaban hambrientos y comieron en silencio antes de retomar el diálogo.

- ¿De dónde sacaste ese nombre tan horrible?- preguntó Daniela sin anestesia.

- No es feo. Además, me lo inventó Martín Karadagián, che...

- ¿En serio? Contame, contame.

- Y... yo ya de chico andaba en el circo. Empecé ayudando a armar la carpa, y con el tiempo aprendí un poco de todo. Pero lo que más me gustaba era la acrobacia; algunos se ríen cuando me ven ahora, así, gordo, pero yo empecé de acróbata. Tenía una rutina que terminaba con un salto mortal hacia atrás y caía parado. Un día me enteré que en "Titanes en el Ring" estaban probando luchadores nuevos, me presenté y les gustó. Karadagián me dijo que ese salto parecía el looping de un avión, y me pidió que en todas las peleas hiciera uno o dos de esos saltos. De la deformación de looping me quedó Lúpin, y como yo era uno de los malos, me dejé el bigote y me puse El Temible.

- Pero yo no me acuerdo de vos... y yo veía Titanes.

- Es que cuando yo entré Martín ya estaba enfermo y el programa se levantó al poco tiempo. Casi no salí por la tele. Anduve más que nada en giras, por el interior, pero después

tuve un accidente de auto y me jodí la espalda. Estuve un año parado y cuando volví al gimnasio no podía ni agacharme. Entonces me dediqué al escapismo y al ilusionismo, y me di cuenta que a la gente le gustaba que a un grandote con pinta de malo las cosas le salieran mal; por eso más que nada hago magia cómica.

Alfredo hizo una pausa; dibujó una sonrisa triste, y eso le permitió confirmar a Daniela la existencia de unos dientes de conejo que le daban un toque infantil a su aspecto temible. Alfredo siguió contando:

- Ganaba bastante bien actuando en clubes, en shows, animaba fiestas... pero ahora la gente no tiene plata para vivir, menos para contratar a un mago. Para colmo, el año pasado mi mujer se fue a vivir a Río Turbio.

Alfredo era sincero y sus apreciaciones sobre la realidad eran certeras. Pero se abstuvo de comentar que su afición al

alcohol tuvo mucho que ver con su accidente, con la falta de contratos y con la mudanza de su ex esposa.

- Ella es pediatra, ¿sabés?, y en Buenos Aires laburaba mucho pero siempre tenía quilombo a la hora de cobrar. Un día salió un aviso pidiendo médicos para Santa Cruz, y se vino al sur. Yo me quedé en Buenos Aires, ¿viste? Pero a los pocos meses no aguanté más, vacié el departamento, metí todo lo que pude en el auto y me fui a buscarla.

Alfredo tomó aire antes de seguir. Evidentemente le costaba contar la siguiente parte de su historia.

- La cuestión es que ya la cosa se había terminado, ella había armado otra vida y después de dar algunas vueltas, me dijo la verdad: no quería saber más nada conmigo. Yo, en el viaje, me había gastado todo. Ni plata para irme tenía... así que cuando en un boliche me dijeron que la municipalidad estaba organizando un festival para el día del niño, me fui a ofrecer para actuar.

Alfredo hizo un silencio y luego le contó el episodio aquel. Daniela abandonó el gesto serio con que lo había estado escuchando, y otra vez no pudo frenar la carcajada.

- Pero... ¿vos no sabías que al Gobernador le dicen Lupín?- le preguntó cuando pudo retomar aire.

- No, que iba a saber, si yo recién había llegado. Pero mí ya me conocían por Lúpin, con acento en la "u", mucho antes que lo conocieran a éste. Además- agregó Alfredo en tono casi solemne- no te olvides que mi nombre no es una cargada, como el de él. A mí me bautizó Martín Karadagián.

9. DÚO ARTÍSTICO TRIUNFA EN MADRYN

Los dos tenían bastante en común: eran artistas ambulantes, no tenían trabajo ni dinero y querían llegar a la Provincia de Buenos Aires. Así que planificaron compartir el viaje, al que financiarían actuando por las ciudades del camino y pasando la gorra. Inclusive a Alfredo lo gustó la idea de hacer temporada en la costa. Al fin y al cabo, nada ni nadie lo requerían con urgencia en Lanús, donde ya ni casa tenía. Daba igual llegar en enero que en marzo.

Daniela tenía experiencia en pasar la gorra, y lo hacía con mejores resultados. Él en cambio se había acostumbrado a rebuscarse en El Horreo, el bar de los artistas de variedades de la calle Paraná donde siempre había alguno que necesitaba números. Nunca había salido a la calle hasta aquella tarde en Comodoro Rivadavia, cuando la desesperación lo empujó a la Costanera y el destino le trajo a la piba.

Ensayaron juntos, y transformaron el accidente que los unió en una rutina artística. Empezaron en la rambla de Madryn, ante un nutrido público con muchos extranjeros que disfrutaba de la magia de Alfredo, cuando de repente una ensayada torpeza de su parte pareció que lo echaba todo a perder. En ese momento saltó de entre la audiencia Daniela, gritando en su idioma inventado y haciendo malabares, y terminaron cerrando a dúo.

Esta vez los contenidos de la gorra y la galera estuvieron a la altura de los aplausos. No era lo mismo actuar para ocasionales paseantes que para turistas, más dispuestos a gastar. La primera noche en Madryn sacaron cuentas: a ese ritmo, en una semana juntarían lo suficiente como para llegar a la costa y encima con unos pesos. Para celebrar el éxito fueron a comer a una fonda y Daniela se asustó de la forma de beber de Alfredo, aunque también se sorprendió que después de dos botellas de vino pudiera comportarse como si nada.

En realidad el efecto se notó más tarde, en la pieza del hotel, cuando hicieron el amor por primera vez.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

10. MALVERSACIÓN EN RÍO TURBIO

El intendente miró los papeles que El Naranja le había extendido sobre el escritorio. Era evidente que el escándalo iba a estallar en cualquier momento. Los empleados municipales habían tomado créditos con una financiera a través de la Municipalidad. La Municipalidad se comprometió a descontar de sus sueldos la cuota mensual. Los descuentos se habían efectuado pero la financiera no recibió el dinero: lo gastaron, con la esperanza de reponerlo más tarde. Pero no lo repusieron.

- ¿Tanta guita es? Vos me habías dicho menos, Naranja...

- Y... usted sabe, Don Horacio... hubo que pagar los contratos. Hubo que pagar los aguinaldos. Además están los extras. Yo a los muchachos los tengo cortitos, pero igual todo

suma. Al final no pudimos pagarle a la financiera, y con los intereses y los punitorios se fue todo a las nubes.

- Bueno, habrá que hablar con la Ministra Alicia. Ella siempre está dispuesta a darnos una mano.

- Sí, es cierto- siguió hablando el Naranja- pero esto no lo arreglamos con bolsones de comida o de ropa. Necesitamos efectivo. Y la única forma de conseguirlo es con un adelanto de la coparticipación. O mejor aún, con un aporte extraordinario. Si a los de Caleta Olivia le sacaron las papas del fuego, ¿porqué no a nosotros?

El intendente se levantó y miró por la ventana. Eran casi las diez de la noche, y como de costumbre para esta zona y para esta altura del año, el sol todavía pintaba el paisaje. Pero Don Horacio no miraba el paisaje, que ya conocía de memoria, sino su flamante camioneta japonesa. Sin darse vuelta, se dirigió otra vez a su principal puntero político.

- Mirá, Naranja... vos sabés que esas cosas sólo las puede autorizar El Jefe. El Negro está dibujado, lo pusieron solamente porque la Constitución dice que tiene que haber un Vice. Y ahora El Jefe no está en la Provincia. Para cuando vuelva, hasta que podamos hablar con él, ya terminó la feria judicial y el abogadito ese nos va a hacer un agujero.

El Naranja sonrió. Era el comentario que estaba esperando y mostró sus cartas con orgullo.

- Justamente... no vamos a esperar a que El Jefe vuelva. La idea es ir a hablar con él a Cariló. Discretamente, lejos de los buchones. Yo ya averigüé, tengo todo calculado.

- Vos estás loco. Nadie molesta a El Jefe en vacaciones. Vamos a terminar como El Turco, viviendo de la caridad en Córdoba y sin poder volver a pisar la Provincia.

- Mire, Don Horacio, a nosotros no nos conviene que la gente se entere de este asunto de los créditos, pero a él tampoco. ¿Y si alguno se le ocurre averiguar quiénes son los

dueños de la financiera, qué pasa? Yo podría hacer una entrevista previa para palpar el terreno y si las cosas no salen bien, usted diga que fue todo iniciativa mía y que no sabía nada de mi viaje. Si como yo espero, todo va bien, después viaja usted y arregla. Puede ser que El Jefe se enoje al principio, pero le aseguro que va a entender... además, otro remedio no nos queda.

El intendente Don Horacio suspiró hondo. No hay mal que por bien no venga, pensó. Al fin y al cabo, hacía rato que no visitaba las playas de la costa atlántica bonaerense.

11. SORPRENDENTE HALLAZGO

Cuando se despertó, Alfredo sintió el olor tibio y dulzón de la espalda de Daniela. La cabeza le dolía, como cada mañana, pero ese aroma lo hacía feliz y no le importó el dolor. La luz se colaba por las hendijas de la persiana, y cuando se acostumbró a la semipenumbra, encontró el tatuaje en el hombro que Daniela le había descripto con tanto detalle pero que hasta ahora no había visto. Era un ojo estilizado, rodeado de líneas ornamentales que le recordaron los filetes de los camiones y los colectivos viejos. "Así que este es el famoso ojo de Horus", pensó.

Acarició a Daniela desde los pechos hasta los muslos, pero ella dormía profundamente y no respondió. Y cuando pasó los dedos por su ombligo sintió el contacto con algo metálico. Tuvo que incorporarse a medias para levantar la sábana y poder comprobar con los ojos lo que sus manos se negaban a

entender: perforando la pared del ombligo, Daniela lucía un anillo dorado.

Alfredo la tapó nuevamente con delicadeza para no despertarla. Luego se quedó sentado en el borde de la cama, pensativo y preocupado. Recordaba la alegría de la noche anterior. Recordaba haber acariciado con ansiedad todo el cuerpo de Daniela. Pero no recordaba haber palpado ese trocito de metal. Por varios minutos se preguntó cómo podía haber pasado por alto ese detalle que ahora le llamaba tanto la atención.

Todos los días notaba algún hueco en su memoria; tenía perfecta conciencia de que el alcohol se estaba llevando sus recuerdos de a pedacitos. Pero no lo podía evitar. Para espantar esos pensamientos, se levantó y se metió en la ducha. Seguramente el agua fría obraría milagros, como tantas otras veces.

12. INCIDENTE EN BAHÍA BLANCA

Desde que se conocieron en Comodoro se habían vuelto inseparables y parecía que la suerte los acompañaba a todos lados. Alfredo conservó su nombre artístico y Daniela se empezó a hacer llamar "Valentina", aprovechando que la gente la tomaba por rusa o ucraniana.

Él tomaba mucho pero no perdía el control; a lo sumo empezaba a hablar con torpeza y se dormía en cualquier lado. Pero en Bahía Blanca tuvieron el primer problema, y paradójicamente fue cuando Alfredo estaba sobrio y sin síntomas de abstinencia. Estaban actuando en la puerta de un bingo, y el empleado de seguridad del local les pidió, de forma no muy amable, que desalojaran la vereda. De mal humor pero pacíficamente, el mago y la malabarista empezaron a guardar las cosas para irse. Pero el guardia tuvo la mala idea de empujar a Daniela para apurarla, y Alfredo no le dio

oportunidad de disculparse. El puñetazo que le acertó fue tan terrible que el pobre tipo cayó de cara al cielo a tres metros de distancia. Al principio ella creyó que el guardia estaba muerto, por lo inmóvil. Pero casi en seguida se dio cuenta que estaba vivo y probablemente con la mandíbula fracturada, por los gritos de dolor. Hasta el propio Alfredo parecía asustado y sorprendido del resultado de esa trompada, y cuando apareció la policía Daniela poco menos que tuvo que arrastrarlo hasta el auto para escapar, porque él no reaccionaba.

Ya en el auto ella le recriminó el haber golpeado al guardia y buscarse problemas. Él a su vez la recriminó por desagradecida, dado que el golpe lo había aplicado para defenderla. Esto dio lugar a que Daniela alardeara de saber defenderse sola, y luego los reproches mutuos se superpusieron y ya ninguno escuchó. Siguieron dando vueltas sin rumbo fijo atrapados en un silencio tenso.

De tanto dar vueltas se prendió la luz del indicador de combustible. Alfredo paró en una YPF, a un costado de la autopista de acceso. Mientras le pagaba a la chica de la estación de servicio vio que Daniela bajaba sus cosas del auto.

- ¿Qué hacés?- le preguntó.

- Me bajo. Seguí vos si querés. Yo no quiero quilombos, lo único que quiero es llegar a la costa para laburar.

- ¿Y te vas a quedar aquí, sola? Són más de las doce de la noche...

Daniela le sonrió con gesto perdonavidas antes de contestarle:

- Escuchame... ¿te creés que esta es la primera vez que voy a hacer dedo? ¿Te pensás que nunca dormí en la playa de una estación de servicio? ¿Suponés que si vos no estás yo me voy a morir de hambre? Si yo te enseñé a pasar la gorra, boludo...

Alfredo la había conocido haciendo dedo. La había visto dormir sentada en el suelo, con la piernas aprisionando el bolso para evitar un eventual hurto. Pero lo que más le molestó fue la última observación, porque también era cierta. Había estado meses sin ganar un peso. Recién volvió a ganar algún dinero cuando se encontró con ella. Eso lo indignaba tanto que se quedó un buen rato apretando el tapón del tanque de nafta en el puño. Reaccionó cuando otro cliente que quería cargar le pidió que corriera el auto. Antes de arrancar buscó con la mirada y vio a Daniela como a treinta metros, al lado de los surtidores de gasoil y hablando con un camionero que se asomaba por la ventanilla del vehículo. Por lo visto, aquí se separaban sus caminos.

Salió a la ruta y sin saber cómo, terminó en la 51 camino a Pringles. Cuando ya no pudo más de sueño, estacionó a un costado de la ruta, en medio de unos árboles. Se bajó, se sentó en el pasto con la espalda apoyada en el

auto y miró la etiqueta del tetrabrick que había comprado esa tarde. Daniela se burlaba de él porque siempre elegía las marcas desconocidas y baratas. Pero ahora que no estaba Daniela, la burla parecía venir de la propia caja de vino. Ahí estaba él, solo otra vez, dispuesto a dormir a la intemperie al costado de una ruta desconocida; la luz de la luna no le alcanzaba para leer las letras chicas, pero debajo del dibujo de un racimo de uvas podía leer la marca: "Senda Feliz", así se llamaba el vino.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

13. OPERADORES POLÍTICOS EN LA COSTA

El Gordo no siempre había sido El Gordo. Veinticinco años atrás, cuando ni soñaba con ser el principal operador político de un gobernador con aspiraciones presidenciales, El Gordo era Carlos, un militante de la Juventud Universitaria Peronista que se jugaba la vida haciendo de correo para los Montoneros.

Pero todo cambió cuando un grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada lo capturó en 1977. Los militares trabajaron sádica y prolijamente sobre su cuerpo, entonces flaco, hasta quebrarlo y hacer de él un colaborador. Como premio, un día lo dejaron subir a un avión y terminó en París, librado a su suerte, sin casa, sin amigos, sin un centavo. En Francia siguió haciendo más de lo mismo: cualquier cosa con tal de sobrevivir.

Cuando se fueron los militares volvió a Buenos Aires y comprobó lo que ya intuía: sus antiguos compañeros habían archivado el sueño de la Patria Socialista y buscaban la mejor forma de acomodarse a las nuevas circunstancias. Por eso, cuando le ofrecieron colaborar con un prometedor político de Río Gallegos recientemente convertido al menemismo, no lo dudó un instante e hizo la valija otra vez. Nunca le dijo a nadie la sorpresa que lo invadió cuando bajó del avión y vio que los carteles decían por todas partes "Provincia de Santa Cruz", y no Chubut, como él había imaginado.

Desde entonces se encargaba de todos los trabajos sucios de El Jefe, sabiendo que a cada instante despertaba una envidia y se ganaba otro odio. Desde entonces que no paraba de engordar y sabía que todo el mundo había olvidado su nombre y lo llamaban simplemente El Gordo, como si no hubiera otro. Pero ya no le importaba: estaba juntando lo suficiente como para vivir un retiro cómodo en el lugar del

mundo que se le antojara. Ahora tenía que ayudar a El Jefe a lograr proyección política nacional, y si estallaba este petardo de los créditos de los municipales de Río Turbio, su imagen se podía manchar.

El Naranja Ulloa era uno de los tantos que odiaba a El Gordo, pero también era consciente que sin El Gordo no se podía contar con Jefe. Por eso estaban los dos en este boliche bailable de Pinamar, hablando cada uno en la oreja del otro para poder entenderse sobre el estruendo de la música, y tomando White Horse en las rocas.

- El Jefe está dispuesto a ayudar a Don Horacio. Siempre lo hizo. Pero últimamente ustedes piden y piden y no dan nada. Por eso quiere hablar con él antes de decidir algo.

- De acuerdo- le contestó Naranja- pero si todos queremos que ésto sea bien discreto, ¿por qué entrevistarse en un restaurante donde va toda la farándula? Eso está lleno de periodistas...

- Claro, boludo, lleno de periodistas que se fijan en la pilcha de Natalia Oreiro o en la mina que está con Osvaldo Laport. A nosotros, en cambio, no nos va a mirar nadie- retrucó El Gordo.

El Naranja despreciaba a El Gordo no sólo por la soberbia con que trataba al común de la gente: lo odiaba más todavía por el repugnante servilismo con que trataba a El Jefe. Pero después de escuchar la última frase, tuvo que reconocer que podía aprender mucho de él. Ahora sí, con la certeza de que El Jefe aceptaba el encuentro con Don Horacio, Naranja Ulloa se relajó y se dirigió a la barra. No sólo para que le sirvieran otro whisky, sino más que nada para mirar de cerca los hermosos pechos desnudos de la chica que atendía el bar.

Tuvo que reconocer también, a su pesar, que había sido buena la idea de El Gordo de encontrarse en ese boliche de las camareras en topless.

14. NECOCHEA: POLICÍA DESALOJA A VENDEDORES AMBULANTES

Alfredo guardaba lentamente las cosas y demoraba el desalojo. Era su forma de resistirse a lo que consideraba una injusticia: según los agentes de la Policía, estaba ocupando indebidamente un espacio público, y ejerciendo una actividad económica sin contar con la debida autorización. Argumentó que, a diferencia de los otros, él no estaba vendiendo nada sino que ofrecía un espectáculo artístico. Pero como única respuesta, le pidieron que se apure a despejar la vereda.

Dio varias vueltas esperando una nueva oportunidad de montar su número, pero siempre quedaba algún policía haciendo ronda. Finalmente se cansó y se metió a un bar buscando una cerveza fría. En la mesa de al lado había unos vendedores ambulantes y unos artesanos que también habían sido expulsados de la costanera.

- Vos sos el mago, ¿no? La sacaste barata, por lo menos no te quitaron nada- le dijo un hombre increíblemente flaco al que le faltaban varios dientes.

- ¿Por qué? ¿A ustedes qué les sacaron?- preguntó Alfredo.

- Nos quitaron la mercadería.

- Pero eso es un robo- comentó con cierta indignación.

- Bueno, robo, lo que se dice robo, no. Podemos recuperarla pagando la multa, pero si yo tuviera ciento cincuenta mangos para pagar la multa, no estaría vendiendo fantasías contrabandeadas por la calle. Por eso digo, a vos te salió barato el desalojo. Mirá si te sacaban las cosas esas de hacer magia...

- Y pensar- agregó un hippie de unos cincuenta años que acariciaba una iguana- que me fui de Gesell porque no vendía nada. Pero por lo menos no me jodía la policía. Acá me

decomisaron los relojes y me dejaron en la lona... este año están terribles.

- Y en Mar del Plata están igual ¿Sabés que pasa?- afirmó el hombre increíblemente flaco- Pasa que en este país los que tienen la vaca atada no quieren competencia. Y coimean a la cana para que nos haga la vida imposible a nosotros, los ambulantes. Vos, Mago, te embromás de rebote.

Antes de terminar la cerveza Alfredo tomó una decisión. Esa noche gastaría sus últimos pesos en un hotel barato para dormir en una cama. Ya eran demasiadas noches de dormir tirado en cualquier lado y la vieja lesión de la espalda le dolía casi todo el tiempo. Y mañana temprano saldría para Gesell donde, por lo menos, no lo jodería la policía.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

15. AGENCIA DE INVESTIGACIONES

En Buenos Aires el calor era asfixiante, pero en esta elegante oficina el aire acondicionado hacía olvidar el verano. De éste lado del escritorio había un hombre llamado Astorga, de unos sesenta años, casi totalmente calvo y algo excedido de peso. Sus modales y sus palabras delataban su paso por las Fuerzas Armadas. Del otro lado había una mujer de unos cuarenta y cinco, muy delgada, muy bronceada. Su nariz y su busto delataban su paso por el quirófano. Se había presentado como la señora Beatriz de Broznic.

- ¿Usted cree que su hija pudo haber sido secuestrada?- preguntó el hombre calvo.

- Bueno, no... además, no es precisamente mi hija. Es la hija de mi marido, de su primer matrimonio. La madre, digamos... se suicidó, hace diez años. Él no está aquí porque es funcionario del gobierno, allá en el Sur, y no puede

abandonar su trabajo así nomás. Y además... usted sabe, en los asuntos familiares toda discreción es poca. Este año se va a postular para diputado, y la gente de la oposición es muy... ¿cómo decirle?.. podrían usar este tema de Daniela para pegarle en la campaña electoral.   No respetan nada.

- Entiendo. Continúe por favor...

- La policía de Comodoro demoró a una chica que podría ser Daniela. Después, tuvimos noticias de gente que la vio en Puerto Madryn. Conocidos nuestros. Andaba haciendo malabarismos por la calle, y pasando la gorra. La acompañaba un hombre, éste que se ve acá, en esta foto. Pero ahora le perdimos el rastro otra vez.

Astorga se puso los anteojos y miró atentamente la mala foto que le extendía la señora. Todo lo que podía decir de ese tipo es que era muy robusto y que vestía un frac celeste que le quedaba chico.

- Daniela siempre fue una chica difícil; a los dieciséis se escapó con un novio, un guitarrista de una banda que pasó por Río Gallegos. Ahora mi marido cree que este hombre la retiene de alguna manera contra su voluntad, y que la aísla de la familia. Porque no recibimos ni un llamado, ni una carta, nada... Tenemos mucho miedo de que le pase algo, por eso queremos que vuelva a Santa Cruz... no importa el precio. Ni la forma, ¿me entiende? Pero que sea cuanto antes...

- Por supuesto que la entiendo, señora. Déjeme todo y yo me mantengo en contacto con usted. A un tipo de ese tamaño le es difícil esconderse. Y más difícil todavía esconderse de nosotros.

Cuando la señora se fue, Astorga abrió una agenda y empezó a buscar gente para la tarea. Rastrear y llevar de vuelta a casa a una nena caprichosa. Darle un susto y una paliza al galán que se fugó con ella. "Plata fácil", pensó.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

16. ASUNTO: RESERVADO

Don Horacio no confiaba mucho en estas cosas, pero Naranja le aseguró hasta el cansancio que el e-mail era la forma más segura y discreta de comunicarse. Estaba tentado de imprimir el mensaje de la pantalla, pero recordó la insistente recomendación que le habían hecho: "no imprima nada ni tire papeles al cesto". Antes de apagar la computadora releyó el mensaje una vez más. Naranja le había escrito:

"Todo bien. Hablé con El Gordo y me dijo que El Jefe está dispuesto a ayudar. Por supuesto, quiere hablar con usted primero. No quiere que lo vean por Cariló. Esto está lleno de políticos y periodistas y nunca falta algún buchón. Usted viaje a Mar del Plata y quédese guardado con el celular abierto. Yo le confirmo día y lugar del encuentro. Antes del domingo ya tenemos una solución."

Salió a la antesala, en la que esperaban cuatro o cinco personas. Le pidió con voz clara y firme a su secretaria que le reservara un pasaje a Córdoba para el miércoles. Quería que todo el mundo creyera que iba a visitar a su familia, pero apenas llegara al aeropuerto tenía pensado tomar otro avión a Buenos Aires. Y de allí, con el auto de Susana, podía llegar a la costa en cuatro horas. Susana no le negaría ese favor y hasta era probable que lo acompañara. No sólo porque eran amantes, sino porque ella sabía perfectamente que gracias a sus gestiones le habían inventado el cargo que ocupaba en el Senado.

17. EL SABOR DEL REENCUENTRO

El mismo día de su llegada a Gesell Daniela se reencontró con dos chicos de la Escuela de Circo. Marcos repartía volantes de un restaurante tenedor libre subido a los zancos. Guido era malabarista y a los dos días ya hacían una rutina juntos en la peatonal.

Los chicos paraban en un departamento de dos ambientes donde dormían, según la noche, hasta ocho personas. No tuvieron problema en hacerle un espacio en el suelo, a condición de que aportara para los gastos. Dormían todos hasta muy tarde y comían en base a las sobras que traía Marcos del restaurante. Durante la tarde vagaban por la playa. Y a la noche, todos a actuar a la calle 3.

Pero Guido tenía berretines de estrella, y Daniela se veía reducida al papel de partenaire. La rutina se limitaba a los malabares, y no quedaba lugar para su personaje

supuestamente ruso que nadie entendía. Le parecía que se desperdiciaba el toque de humor, pero al menos las pasadas de gorra no eran malas y durante un tiempo no dijo nada.

Una noche tuvieron una desinteligencia en el número de las clavas encendidas, y Daniela sufrió una quemadura en la mano. En realidad era muy leve, pero le sirvió como excusa para disolver ese dúo que no la satisfacía, y pudo así probar suerte como solista sin ofender a su ex compañero.

A la noche siguiente Daniela se vistió otra vez como un muchachito de Chaplin y salió temprano dispuesta a ocupar la esquina de 59 y 3. Pero cuando estaba a media cuadra del lugar tuvo una desagradable sorpresa: la esquina ya estaba ocupada. Un grupo de veinte o treinta personas rodeaba a algún otro artista ambulante, y Daniela se puso en puntas de pie para tratar de ver quién era.

No hizo falta mucho esfuerzo. Una cabeza sobresalía entre las demás, y estaba coronada con una galera negra. Y

por si esto no bastara para reconocer a Alfredo, sobre la galera estaba posada una paloma blanca, inmaculada e impasible.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

18. NUEVO SPONSOR PARA "TITANES"

Peucelle le pasó el mate al Caballero Rojo y La Momia se quejó diciendo que era su turno. Tufí Memet le pidió que se dejara de embromar, que estaban tratando un asunto serio.

- El tipo es dueño de una cadena de supermercados- siguió hablando Peucelle- y ofrece buena plata. Además nos garantiza que podamos seguir después de la temporada de verano, porque tiene sucursales en Rosario, en San Nicolás y todo el norte de la Provincia de Buenos Aires. Visitando una localidad por semana tenemos trabajo hasta julio, por lo menos.

- Che- dijo La Momia- esa oferta es imposible de rechazar. ¿Qué es lo que tenemos que discutir entonces?

- Bueno, el tipo quiere poner un personaje en la troupe. El personaje llevaría el nombre del supermercado, por supuesto.

- La idea es buena- acotó Tufí Memet- Martín ya lo hizo con el Capitán Yolanka, el del yogur. Además, todos lo hacen, vos hoy mirás la tele y es una avalancha de chivos. Rogás que llegue la tanda de avisos para descansar un rato de tanta publicidad. Y digo yo, ¿el luchador lo pone él o lo elegimos nosotros?

- Eso no lo hablamos, pero no es el fondo del problema. El problema es el nombre. "Supermercados San Jorge", se llama la empresa.

Hubo un breve silencio, y luego hablaron todos a la vez. El Caballero Rojo agitó las manos pidiendo calma hasta que logró hacerse oír.

- Miren, a mí me parece genial un luchador haciendo de San Jorge. Le podemos dar una armadura flexible, como la que usaba Don Quijote. Y que llegue hasta el ring en un caballo blanco, con una lanza...

- ¿Y el dragón cómo lo hacemos?- preguntó el Gitano Ivanoff- ¿le ponemos una iguana de bufanda, como el barbudo ese que vendía relojes truchos en Villa Gesell?

Todos se rieron con la idea del Gitano, pero a algunos no les pareció mala. Retomó Peucelle:

- El dragón se lo pintamos en el escudo; o filmamos un video con efectos y lo pasamos por el video wall cuando entra el luchador, eso no es problema. Lo que me preocupa es que San Jorge es un santo; no va a faltar alguno que nos tire la bronca. No por poner a un santo luchando por el bien en un ring, sino por usarlo de propaganda para un supermercado. Tenemos que ver la forma de hacerlo bien... Y si vemos que no le conviene a la imagen de la troupe... bueno, paciencia, ya aparecerá otro sponsor.

- Sería una lástima que perdamos éste- comentó La Momia- Acuérdense cuando le dijimos que no al del vino

Senda Feliz. El tipo se enojó y por vengarse, espantó al de los Jugos Ming. ¿Cuándo hay que contestarle a éste?

- Nos invitó a cenar el viernes, en Mar del Plata. Uno de esos boliches caros, con show incluido. Así que vayan tirando ideas, el tipo quiere una respuesta para el fin de semana. Ahora sigamos...

Los tipos pesaban promedio cien kilos, y algunos ya superaban largamente los cincuenta años. Pero cuando se levantaron para volver a entrenar hicieron menos ruido que un gato.

19. CRECE LA OFERTA LABORAL

La habitación del residencial era tan estrecha que apenas si tenía lugar para la cama. De todas formas, pensó Daniela, era mucho mejor que dormir de a cuatro en el suelo. Y mucho mejor aún era despertarse abrazada por Alfredo. Como de costumbre, estaban los dos acostados sobre el lado derecho; ella apoyaba su espalda sobre el generoso tórax del mago y él la rodeaba con los brazos, cruzándolos sobre sus pechos. Daniela disfrutó intensamente de la sensación de protección que ese abrazo le brindaba, y tuvo que reconocer cuánto lo había extrañado. Conmovida por ese sentimiento, agarró con sus manos de nena las manotas de Titán de él, y las apretó con fuerza.

Recién entonces Alfredo notó el vendaje que Daniela llevaba en la mano derecha. Lo asaltó nuevamente la angustia

de los huecos en la memoria, y no quiso preguntar sobre el origen de la venda porque temía haberlo hecho antes.

Daniela lo sacó de sus preocupaciones cuando le manifestó que estaba hambrienta, dado que no habían comido nada desde el reencuentro. Se ducharon a las apuradas y a la salida del baño, Daniela decidió ir a buscar sus cosas al departamento de los chicos pues no tenía nada para cambiarse. Alfredo no hizo preguntas, pero sentía celos de los chicos que habían dormido con ella durante esos días.

En el auto, camino al departamento, comieron un paquete de Criollitas y un salamín que amenazaba con momificarse. Al llegar entraron por un pasillo y Daniela se detuvo en la penúltima puerta. Le hizo un gesto con la mano a Alfredo, que él interpretó como un pedido de calma y silencio, y entró sola. A los dos minutos abrió la puerta, corrió los cuatro o cinco metros que la separaban de él, con su bolso al hombro, y se colgó del cuello del mago reprimiendo un chillido de alegría:

- ¡Tenemos trabajo! ¡Tenemos trabajo!- repetía mientras le daba piquitos.

- ¿Quién tiene trabajo? ¿Tus amigos de la Escuela?

- ¡No, nabo, vos y yo! ¡Podemos volver a hacer la rutina de Valentina y Lúpin, y a que no adivinás dónde!

Alfredo seguía sin entender, así que decidió disfrutar la sesión de mimos que le propinaba Daniela sin hacer preguntas. Un rato más tarde salió Marcos, el zanquista que hacía la publicidad del restaurante. Era obvio que le habían interrumpido el sueño.

- Así que vos sos el mago...- le dijo, y Alfredo le tendió la mano pero Marcos se estiró para besarlo en la mejilla.

- Bueno, tanto como mago no... ilusionista diría yo- aclaró Alfredo como siempre lo hacía.

- Mirá, yo laburo para un sindicalista que tiene varios boliches. Uno es un tenedor libre en la 3, le hago la publicidad. Pero hace un tiempo inauguró otro, un restaurante para ricos y

famosos, con show y todo eso, en Mar del Plata. Anda buscando gente para el show porque lo cambia todos los días; si ustedes quieren probar vayan a verlo de mi parte. El tipo no paga gran cosa, pero por lo menos a mí nunca me cagó. Este es el número del celular- terminó diciendo, mientras les extendía un papelito.

Alfredo siempre fue supersticioso, y en ese momento lo fue aún más. "Evidentemente", pensó, "hay gente que te trae yeta y hay gente que te trae suerte". Y ciñó con más fuerza la pequeña cintura de su amuleto.

20. BLANCO LOCALIZADO

- Está el Señor Rovatti en la línea tres- le dijo Marta a su jefe, el Señor Astorga, y él tomó la comunicación.

- Buen día, señor. Disculpe la molestia, pero los localizamos, señor. ¿Quiere que procedamos?

- Buen día, Rovatti. No se ofenda, pero prefiero estar yo en el lugar de los hechos. Además tengo que avisarle a la madrastra de la piba, que está en la ciudad.

- De acuerdo, señor. De todas formas ya están acotados. Están parando en un residencial en Gesell y andan en un autito que no puede llegar lejos. Si usted quiere les pongo una sombra, señor...

- No, Rovatti, no levante la perdiz. Mejor vigile de lejos. Yo voy a estar esta misma noche en Mar del Plata, así mañana procedemos. No puede haber escándalo, todo tiene que ser

perfil muy bajo, recuerde. Nos encontramos esta medianoche en el restaurante de la otra vez, ¿OK?

- OK, señor. Allí estaremos los tres. Hasta luego.

Astorga colgó, sonrió satisfecho y le pidió a Marta que lo comunicara con la señora Beatriz de Broznic. Mientras la secretaria trataba de localizar a la clienta, Astorga repasó una vez más el dossier del caso: ahí estaban los datos de la piba, del padre, de la finada madre y de la actual madrastra. Del novio no había gran cosa, porque parecía que el tipo nunca se había metido en política. Su clienta no se podía quejar: el lunes requirió sus servicios, y el viernes ya la llamaba para ultimar los detalles de la recuperación. Y eso que él ahora casi ni se movía: todo lo arreglaba por teléfono. Para el ex oficial de Marina Horacio Raúl Astorga las cosas casi no habían cambiado en veinticinco años. Antes cazaba militantes montoneros, delegados gremiales y dirigentes estudiantiles, a sueldo de la Armada. Hoy cazaba hijas fugadas, hijos

drogadictos, cónyuges infieles, contratado casi siempre por enriquecidos funcionarios públicos. O sea, sus honorarios seguían saliendo de la misma arca: la del Estado.

Sonó el interno y Marta le avisó que había ubicado a la Señora. Astorga le dijo:

- Cómo le va... le tengo buenas noticias.

- Sí... dígame.

- Mire, si se toma el avión conmigo a Mar del Plata, mañana a la mañana le devolvemos a la chica... ya la tengo localizada.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

21. LA MOVIDA NOCTURNA

Cada vez que iba a actuar, Alfredo bajaba a lo último esta caja: la de las palomas. Aunque ahora sólo le quedaba Gricel, la blanquita. Y cuando terminaba el show, la cargaba en primer lugar en el auto. Iba con esta caja, atravesando la playa de estacionamiento de Ragú, cuando un auto le cortó el paso hacia la puerta trasera del restaurante de lujo. De la ventanilla del conductor salió un brazo increíblemente musculoso que se agitó en un saludo. Alfredo pensó que el saludo era para otro, pero una voz conocida repetía su nombre. Luego se abrió la puerta y un gigantón se bajó con intenciones de abrazarlo: era Rubén Peucelle.

- ¡Alfredo viejo nomás! ¿Cómo andás? ¿Qué hacés por acá?.. ¡Che, bajen a saludar, es el Temible Lúpin!- les gritó Peucelle a los otros ocupantes del auto, y tres gigantes más se acercaron a Alfredo.

- ¡Tantos años...!- saludó Alfredo emocionado- ¡Caballero! ¡Gitano! ¡Qué alegría...!

- Te presento a Guillermo- dijo Peucelle señalando al cuarto gigante, el más joven de todos- Guillermo está haciendo La Momia, porque Oscar está ocupado.

- Se ve que les va bien, che... vienen a castigarse en el restaurante más caro de Mar del Plata- se burló Alfredo.

- No, que va...- le contestó Peucelle- en realidad venimos invitados. Oscar anda buscando sponsors, y nos contactó con un empresario que quiere meter un personaje. Vamos a ver qué pasa. Vos sabés, a esta altura, tenemos que seguir laburando, porque la Viuda nos embromó lindo. Y vos, ¿venís a gastarte la plata acá? Vos sí que no te podés quejar...

- Pobre de ustedes, yo vengo a laburar también. Mi compañera y yo hacemos una rutina de magia cómica y malabarismo. Arreglamos para actuar los viernes acá, pero el resto de la semana pasamos la gorra en Gesell.

- Mirá vos... nosotros estamos llevando el espectáculo por toda la costa. Después de actuar no te pierdas, así arreglamos y nos juntamos un día en el boliche de Benito Durante, allá en Valeria. Te vas a encontrar con un montón de amigos...

Una sola de las palmadas que se dieron para despedirse hubiera bastado para romper una tabla. Pero entre estos hombres eran caricias de afecto.

A los pocos minutos llegó El Naranja con Don Horacio. En un segundo auto, unos metros más atrás, viajaban tres incondicionales de la Unidad Básica, por cualquier cosa. El Naranja arreglaba los últimos detalles:

- Usted entre primero. El Jefe viene en un rato con la señora y con El Gordo, así que le reservé mesa para cuatro. Conviene que usted lo espere a él, somos nosotros los que venimos al pie. Yo voy a estar con los muchachos en una mesa del fondo, usted cualquier cosa me hace señas.

- Che, Naranja... mirá ese auto... la mina que baja, ¿no es la mujer del contador Broznic?

En ese momento, Astorga y la señora de Broznic entraban al restaurante. A El Naranja le saltó el corazón: esto no se lo esperaba.

- Si... parece que es ella... no sé que hace aquí, pero usted sabe... ella es muy amiga de la esposa de El Jefe. Por ahí están juntas, no sé...

- Pedazo de pelotudo... hice un rodeo de cinco mil kilómetros para que nadie se entere que vine a ver a El Jefe, y vos me traés a un lugar donde hay conocidos de Gallegos...

- Pero no se caliente, Don Horacio... mire bien, la mina está acompañada de otro tipo. Capaz que está acá de trampa. Usted entre como si nada, si la mina está metiéndole los cuernos a Broznic, tenemos silencio garantizado. No se preocupe...

Don Horacio se planchó las solapas con los dedos y se encaminó a la puerta. Después de que un robusto recepcionista chequeara su nombre en la lista de reservas, una chica muy joven y bonita lo guió hacia su ubicación. Se sentó y disimuladamente miró a las otras mesas; en casi todas había gente que le resultaba cara conocida. Aquel de barba era uno de los que trabajaba con Tinelli, y estaba casi seguro que aquella del vestido transparente que dejaba ver los pezones era la Pradón; pero a las otras caras no las ubicaba; debían ser estrellitas nuevas que estaban labrándose el porvenir. La mujer de Broznic estaba a tres mesas de distancia, sentada con el tipo que la acompañaba y con otros tres que, a pesar de la poca luz, llevaban anteojos clipper oscuros.

Desde una mesa del fondo, El Naranja le mostró un pulgar hacia arriba, queriendo decirle que estaba todo bien. Y un par de minutos más tarde vio entrar a El Jefe. Tomándolo apenas del brazo estaba su esposa, la Señora Diputada y dos

pasos atrás de ellos, como siempre, venía El Gordo. El trecho hasta la mesa reservada era largo, y en el camino pasó lo que Don Horacio temía: la esposa del gobernador y la señora del director del banco, viejas amigas, se reconocieron y se saludaron.

Después de una breve ceremonia de intercambio de saludos, el trío siguió hacia la mesa de Don Horacio. Tuvieron que rodear otra mesa, ocupada sólo por hombres. Cuatro de ellos eran verdaderos roperos, pero el que ocupaba la cabecera parecía Woody Allen. Don Horacio nunca había seguido las andanzas de los Titanes, así que pensó que podría tratarse de un millonario cenando con sus guardaespaldas. Finalmente El Jefe y su comitiva llegaron a la mesa, y el Intendente le hizo un gesto al mozo. Antes que terminaran los efusivos saludos, ya había un Pommery sobre la mesa para recibir a los invitados.

En los fondos del restaurante, Alfredo aprovechó que Daniela había ido al baño y bebió varios sorbos de la petaca que siempre llevaba escondida. Era la primera vez en varios meses que iba a actuar contratado, bajo techo, como en los buenos viejos tiempos. No quería que, por faltarle un trago, le pasara otra vez lo que le pasó en Río Turbio.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

22. EL SHOW DEBE COMENZAR

La orquesta fue bajando el volumen, y sólo quedó sonando un redoblante. Un haz iluminó al presentador, quien con voz acaramelada anunció:

- Damas y caballeros... les damos la bienvenida a Ragú, el restaurante show que cambió para siempre la noche de Mar del Plata. Música, magia, acrobacia, y las delicias de nuestra cocina y nuestra bodega, se combinarán en la proporción justa para brindarles una noche inolvidable. Y ahora, para comenzar nuestro espectáculo de hoy... ¡El Temible Lúpin y la hermosa Valentina!

La luz cambió de color y dirección, y sobre el escenario aparecieron Daniela y Alfredo, listos para comenzar su rutina de torpezas ensayadas. De la mayoría de las mesas surgió un tímido aplauso de compromiso. Los Titanes, en cambio,

aplaudieron vigorosamente con sus manazas y vivaron a su ex colega. "Bravo, Lúpin, bravo", vociferaban.

- ¿Pero qué es esto?- preguntó la esposa del gobernador al escuchar ese apodo en boca de los Titanes- ¿Un chiste? ¿De qué se trata?

El Gordo estaba pálido; el Intendente se había atragantado con el Pommery y no paraba de toser.

- ¡Señor, esos dos son el blanco! No tendrían que estar acá, señor- le señaló a Astorga uno de los hombres de anteojos oscuros.

- Pero... ¡Es Daniela!- dijo la señora de Broznic- ¡Hagan algo! ¡Sáquenla de ahí!

En la mesa de El Naranja, uno de sus matones se paró para mirar mejor.

- ¡Ese es el trosko hijo de puta que nos arruinó el Festival del Día del Niño!- gritó al reconocer a Alfredo, y todo el mundo lo escuchó.

Algunos de los clientes se reían nerviosamente, pensando que todo era parte del show. Las voces aumentaron de volumen, mientras Alfredo hacía bailar su bastón mágico tratando de desentenderse de los gritos y los ruidos. El encargado de seguridad del local miró hacia la mesa del Señor Triacca, su patrón, y le vio hacer la seña que significaba "prenda todas las luces".

Y con las luces empezó el caos. Daniela reconoció a su madrastra que la señalaba desde una de las mesas y gritaba histéricamente:

- ¡Ése es el degenerado que se la llevó! ¡Es ése! ¡Agárrenlo!

Daniela quiso escaparse por donde había entrado, pero un custodio le cerraba el paso. Cambió la dirección de su huida, y entonces dos de los hombres de anteojos negros saltaron sobre el escenario; Astorga sujetó a uno de ellos tratando de traerlo de nuevo a la mesa.

- ¡Acá no, acá no!- gritaba el ex marino- ¡Vuelvan, pelotudos!

Pero uno de sus laderos ya se dirigía hacia Daniela. Alfredo se interpuso y el investigador quiso apartarlo de un empujón. Lo único que logró fue desplazar apenas al mago, y éste le devolvió la gentileza con un manotón que lo arrojó sobre la mesa de Don Horacio.

¿Qué pasa? ¿Qué pasa?- chilló la Señora Diputada cuando el investigador privado caído le derramó el balde del champán sobre la falda. La señora había estado mirando a su amiga, sin entender el porqué de sus gritos. Y ahora que un desconocido estaba caído de espaldas sobre su mesa, ahora que ella estaba empapada con agua helada y champán hasta la ropa interior, entendía menos todavía. El susto la hizo levantarse de un salto. El Intendente, más asustado aún, empezó a llamar a los gritos a sus muchachos del fondo.

Pero los muchachos del fondo no venían: El Naranja estaba paralizado de sorpresa y miedo, otro forcejeaba con un guardia de seguridad, dos empujaban sillas, mesas y gente tratando de acercarse al escenario; y uno de ellos lo logró y agarró a Alfredo del tobillo haciéndolo caer.

- Trosko hijo de puta, las vas a pagar- gritaba el hombre de El Naranja.

La mesita del mago también se cayó, y montones de objetos se desparramaron por el piso, entre ellos las pelotitas de la malabarista. Algunos de los clientes que trataban de apartarse del lío las pisaron y también terminaron en el suelo, provocando a su vez la caída de otras personas.

El matón que tenía agarrado a Alfredo sintió que lo levantaban como si fuera una bolsa. En una fracción de segundo estaba mirando el techo, pero a dos metros de altura: el Caballero Rojo lo tenía en el aire, y un instante después lo

arrojó contra su otro compinche que venía desde el fondo. Los dos cayeron enredados.

El empleado de Astorga que había caído sobre la mesa VIP se recuperó, y subió al escenario a forcejear con Alfredo, que no había terminado de ponerse de pie y cayó otra vez aplastado por ese peso extra.

Rubén Peucelle, al ver que golpeaban a su amigo caído, se abalanzó sobre el agresor y lo inmovilizó con una doble Nelson. A su vez, otro de los hombres de Astorga agarró a Peucelle del cuello; Rubén soltó al primero y tomó con una perfecta llave la cabeza del segundo, aplicándole un envión que lo hizo volar hacia la mesa de Don Horacio.

En esa mesa sólo quedaba el intendente. El gobernador y su señora estaban contra la pared, cubriéndose detrás de la inmensa humanidad de El Gordo, que miraba todo con los ojos desorbitados, aterrorizado y sin poder creer lo que estaba pasando.

Uno de los matones de El Naranja había logrado ponerse de pie. Alfredo lo reconoció y le gritó furioso:

- ¡Vos sos el hijo de puta que me mató la paloma!- y gritando esto se arrojó sobre él como en los viejos tiempos del catch, haciendo un vuelo del ángel. Cayeron los dos sobre el otro matón de Río Turbio, que todavía no se había levantado. En el suelo formaron un ovillo humano: los dos matones agarraban y golpeaban a Alfredo, y cuando éste se podía librar de uno, castigaba al otro.

Al ver esta lucha desigual, Daniela agarró a uno de los matones del pelo y lo tiró hacia atrás con todas sus fuerzas. El matón soltó a Alfredo y empezó a revolear manotazos tratando de librarse; golpeó a varios clientes que pasaban cerca, hasta que le acertó uno a Daniela y la tiró hacia un costado.

- ¿Cómo le vas a pegar a una piba, guacho? ¡Pegame a mí!- le dijo La Momia, y antes de que el hombre de El Naranja

le pudiera contestar, le encajó un terrible mandoble a la altura de la oreja que lo derribó por toda la noche.

Los custodios del local no daban abasto ni pie con bola. Repartían golpes aquí y allá, golpeando las más de las veces a clientes asustados que sólo querían huir. Un guardia le asestó un golpe en la nuca al Gitano Ivanoff, que hasta entonces sólo miraba y se sacaba gente de encima. Pero el Titán apenas si se conmovió; se dio vuelta con lentitud, ubicó al agresor, y tomándolo de las solapas lo revoleó en dirección a la mesa de Astorga.

El ex oficial de Marina se sintió aplastado por el pato vica que le acababa de caer encima, y entró en pánico porque semejante peso no lo dejaba respirar. Por reflejo, manoteó el arma que siempre llevaba en la sobaquera, y sacándose de encima al custodio, se levantó apuntando al techo:

- ¡Todos quietos, carajo! ¡Todos quietos!- gritó el ex represor.

Pero no volvió la calma; al contrario, al ver el arma, muchos que estaban tratando de salir en orden entraron en pánico y corrieron como ganado desbocado, atropellándose unos a otros. Algunos se habían tirado al piso, y fueron pisoteados por la turba.

Todo el mundo miró al pelado que portaba una nueve milímetros. Todos, inclusive El Gordo, que de golpe se dio cuenta quien era ese pelado. El chupamedias mayor del Gobernador, el ex montonero quebrado, el ex militante que en el dolor de las sesiones de tortura no pudo más y dio nombres, y dio direcciones y dio teléfonos a sus captores, emitió un alarido y se abalanzó sobre Astorga. El ex represor de la ESMA había gritado exactamente igual que en 1977, cuando encabezaba el grupo de tareas que capturó a El Gordo en un conventillo de Belgrano. Y el Gordo, veinticinco años y cincuenta kilos más tarde se encontró con el tipo que se

regodeaba en pasarle la picana por los testículos mientras lo llamaba "alcahuete cagón".

- ¡Asesino hijo de mil putas! ¡Verdugo la concha de tu madre! ¡Te voy a matar!- gritaba El Gordo, que había pisado un montón de gente caída como si fueran felpudos, y agarraba a Astorga del cuello tratando de estrangularlo. El Gordo era otra vez aquel estudiante de la JUP, pero ahora el odio superaba al miedo. Astorga sintió de nuevo que no podía respirar, que se caía, que la vista se le nublaba, y antes de caer del todo alcanzó a apretar el gatillo tirando hacia cualquier lado.

Sólo entonces, cuando el tiro le destrozó la espalda, Alfredo dejó de golpear al asesino de su paloma.

23. REPERCUSIONES POR LA GRESCA

En la madrugada del sábado los canales y las radios daban detalles del escándalo en el restaurante Ragú de Mar de Plata. En el apuro por emitir la noticia antes que la competencia, los informes eran incompletos y hasta contradictorios. Un notero de Radio Mitre interpretó que los heridos de bala eran dos: un mago y un luchador de Titanes en el Ring. Casi al mismo tiempo, en Radio del Plata otro cronista aseguraba que se trataba de la misma persona.

Había además numerosos contusos dando vueltas por otros hospitales y clínicas privadas. Teto Medina mostraba en cámara el yeso que le fijaba la clavícula, rota por uno de los custodios de Triacca, el dueño de Ragú. En otro canal, Triacca lucía los estragos que una botella voladora había ocasionado en su cara, mientras aclaraba que Ragú era propiedad de un amigo, y que él sólo era habitué del local. Pancho Dotto lucía

anteojos negros que no alcanzaban a disimular el moretón de su ojo derecho, y aprovechaba para mandar al aire imágenes de una de sus modelos; la chica, una adolescente rubia flaquísima, mostraba al camarógrafo los numerosos moretones que le dejó la turba cuando le pasó por encima. Y mientras exhibía su cuerpo magullado, sonreía como en una sesión de fotos.

El juez que investigaba el escándalo ordenó la detención de Astorga por ser el autor del disparo. El doctor Olivares, abogado defensor del ex marino, le ganó de mano, lo llevó en su propio auto al Hospital Naval y pidió que lo internaran. El joven teniente médico de guardia examinó prolijamente al ex represor, pero además de un moretón en el cuello no pudo encontrarle nada. Tuvo que aguzar su ingenio para no quedar mal con sus superiores y al mismo tiempo no mentir demasiado en la historia clínica; en el renglón "Motivo de internación", puso "Principio de asfixia".

La reaparición pública de Astorga no podía haber sido en peores circunstancias: desde España pedían su extradición, pero el gobierno argentino había asegurado hasta el cansancio que el ex marino no estaba en el país y que se encontraría en Paraguay o Brasil. Ahora todo el mundo sabía dónde estaba y el papelón era internacional. Olivares calculó qué hora sería en Madrid. "El turro de Garzón ya debe estar enterado", pensó.

Poco después del mediodía el diario Crónica estaba en la calle, con un título en tamaño catástrofe que decía "TORTURADOR DE LA ESMA BALEA A UN TITAN". La edición mostraba numerosas fotos color del interior del restaurante, así como de personajes de la farándula que habían sido testigos y víctimas de la gresca. También habían logrado rescatar del archivo un par de fotos en blanco y negro de la época de luchador de catch de Alfredo. En una de ellas estaba haciendo el salto mortal hacia atrás que le había valido su nombre artístico. En la otra foto, que alguna vez fue un

afiche, se lo veía trabando los bíceps y los pectorales, mientras hacía un gesto feroz.

El domingo Clarín puso como título principal los anuncios del Ministro de Economía, pero inmediatamente debajo titulaba "Confuso episodio en Mar del Plata: ex represor balea a un artista de varieté". En las páginas policiales se comentaba extensamente la noticia, haciendo hincapié en los numerosos miembros de la farándula, políticos y sindicalistas que se encontraban en el local cuando la gresca. Del herido de bala sólo se decía que era un ilusionista que alguna vez trabajó en Titanes en el Ring, y el apellido estaba mal escrito.

Página 12 titulaba "EL PUMA ATACA DE NUEVO". En la página tres publicaba una extensa crónica de la gresca del restaurante show, y mencionaba la presencia de dos sindicalistas cercanos a Moyano y de un gobernador sureño "de discurso progresista". En la cuatro, doble página, se leía una detallada biografía del ex teniente de navío Astorga, alias

El Puma. En varios recuadros que rodeaban la nota central se reproducían declaraciones de organizaciones de derechos humanos; todas sin excepción pedían cárcel para el ex torturador. De Alfredo sólo decían que se trataba de un mago, ignorando su pasado de Titán.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

24. CONTINÚA EN ESTADO CRÍTICO

EL LUCHADOR HERIDO

El lunes Alfredo fue trasladado a Buenos Aires e ingresó a Terapia Intensiva del Instituto del Diagnóstico. En la planta baja, el Mago Gorosito, secretario general del Sindicato de Variedades, le decía a Daniela:

- No te hagas problema, piba. Tu marido está en buenas manos, y además es un roble. Vas a ver que zafa.

- Sí, yo también espero, pero hay una cuestión... yo no soy la esposa, la esposa es una médica que vive en el Sur. Creo que están separados...

- ¿En serio? No sabía. Como a cada rato preguntaba por vos...

En ese momento entraban unos camarógrafos y Gorosito tomó a Daniela del brazo para sacarla de ahí. "No es

momento de preguntas indiscretas", pensó mientras enfilaba para el ascensor que los llevó hasta la antesala de Terapia.

A medida que pasaban las horas el lugar se fue llenando de gente que se interesaba por el mago. Uno de los visitantes fue Oscar, el representante de los Titanes, quien se acercó a Daniela para avisarle que iban a hacer una función a beneficio de Alfredo.

- Todo lo que se recaude por entradas y por publicidad es para pagar los gastos de la recuperación de tu marido...- le dijo, y la malabarista tuvo que hacer otra vez la misma aclaración.

Mientras tanto, el médico de guardia leía los últimos estudios de laboratorio. Miró la hora y faltaban cinco minutos para que terminaran las visitas; tenía que empezar con los informes a los parientes. Llamó a la caba de enfermería, y le pidió que hiciera pasar a la mujer del mago herido. Alguien le había dicho que el mago baleado estaba casado con una

pediatra, y decidió hablar sin vueltas de colega a colega. No quería alentar falsas esperanzas.

Cuando entró Daniela el doctor se desconcertó por un momento. Para ser médica, la piba tendría que tener por lo menos veinticuatro años, y no los parecía para nada. "Me estoy poniendo viejo", pensó el médico, "una mina de veinticuatro años me parece una nena". Y sin rodeos le informó:

- Hola, doctora. Mirá, no te vamos a mentir. El balazo le perforó el colon, en el ángulo esplénico. También le hizo estallar el bazo. Y le perforó la pleura, por eso tiene semejante hemoneumotórax y lo tuvimos que poner en ARM. Para colmo, empezó con signos de sepsis, seguro que por la perforación colónica. La parte quirúrgica ya está hecha, pero... vos sabés... la función hepática está muy deteriorada, ya de antes, y eso no ayuda.

Daniela no entendió una sola palabra, y menos aún entendió por qué la llamaba "doctora". Pero la cara de ese

médico hablaba claramente: Alfredo estaba muy mal y con pocas posibilidades de sobrevivir.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

25. OPERATIVO DE PRENSA

En Cariló, el señor Gobernador hojeaba obsesivamente todos los días los diarios nacionales rogando que no apareciera su nombre. El caso había conmovido a la opinión pública, y el Gobernador hizo una mueca de decepción: ese ignoto artista de cabaret que nada hizo por hacerse famoso, había sido elevado a la categoría de mártir en sólo una noche y tenía a la prensa en vilo. A medida que se conocían detalles del suceso aumentaban los odios hacia Astorga y las simpatías hacia el mago. Los medios seguían paso a paso la evolución del herido y cuando lo trasladaron a Buenos Aires casi todos los informativos interrumpieron para pasar el flash. Todos los días caían sobre el gobierno nuevas acusaciones de ineptitud por desconocer el paradero de un ex represor con pedido de captura internacional; otros directamente hablaban de complicidad y ocultamiento.

Pero salvo una mención marginal en Página 12, los demás ignoraron la presencia del Señor Gobernador en Ragú. Se felicitó a sí mismo por haber abandonado el local a la carrera, apenas empezó el lío. Cuando llegó el periodismo él ya estaba camino a su casa de Cariló. La opinión pública no relacionaba su nombre con el ex represor ni con los matones que protagonizaron la gresca.

El Gordo, en cambio, había quedado pegado y estaba en boca de todos. Pasaban los días, los medios seguían hablando del mago y el represor, y eso daba pie para que aparecieran otros comentarios en la prensa. Así se supo el papel de El Gordo en la noche del escándalo y saltaron sus numerosas propiedades. El miércoles apareció un reportaje a un ex suboficial de la ESMA que contó lo que sabía del pasado de El Gordo. El Jefe decidió que había llegado la hora de deshacerse de él y desde entonces ya no atendió sus

llamados. Al volver a Santa Cruz desempolvaría la denuncia de enriquecimiento ilícito contra El Gordo y le pediría la renuncia.

También decidió dejar que el intendente Don Horacio se hundiera, dado que el salvataje le salía demasiado caro y ese hombre ya nada le aportaba. Si bien el escándalo de los créditos podía rozar indirectamente su imagen a nivel provincial, a nivel nacional no tendría mayor repercusión.

Aliviado por haber tomado tantas decisiones importantes, El Jefe tomó el celular y buscó el teléfono de Julio. Alguien tenía que ayudarlo a seguir construyendo su futuro político, y para construir, nada mejor que un arquitecto.

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

26. ASESORAMIENTO LEGAL

El lugar parecía una suite de hotel. Lo único que delataba que se trataba de una habitación de hospital era la cama, excesivamente alta. Su ocupante, el ex oficial de Marina Astorga, se apoyaba en el borde de la misma mientras hablaba con el abogado Olivares.

- El mago se murió esta mañana, y usted me dice que está todo bien... disculpe, pero no termino de entender en qué me favorece esto, doctor...

- Vea, Astorga, el asunto es así... supongamos que no hubiera muerto nadie, que nadie hubiera resultado herido siquiera, pero que a usted lo hubieran localizado igual. El gobierno no denegó su extradición, el pedido ni siquiera fue tratado porque se suponía que usted estaba en Paraguay. Si fuera así, Garzón volvería a insistir con el pedido.

- Ajá... ¿y ahora?

- Ahora que el tipo está muerto, usted está acusado de homicidio en la Argentina, y lo van a juzgar acá. Por el juicio no se haga problema, lo podemos manejar, pero eso nos permite dejar la extradición de lado por unos cuantos meses.

Astorga comenzó a caminar la habitación mientras el abogado seguía hablando.

- ¿Y voy a tener que quedarme acá, como si estuviera enfermo?

- En principio sí. Pero ya tendrá alguna oportunidad. Usted sabe cómo son estas cosas, señor Astorga...

27. HABLA EL LÍDER DE LA CORRIENTE

El arquitecto Julio respondió rápidamente el llamado del jefe, y su primer consejo fue que no modificara el cronograma de actividades. El lunes tenía previsto un desayuno de trabajo con empresarios nacionales, con posterior conferencia de prensa, y el arquitecto casi no modificó nada. Mantuvo la reserva del salón en el Hermitage y confirmó una por una las invitaciones a los medios. Eso sí, esta vez, lo principal de la conferencia lo cubriría el Canal 26, para evitar repetir el papelón al que lo sometió Crónica TV. Durante meses en la provincia se habló de su discurso de lanzamiento, que Crónica TV interrumpió para pasar los resultados de la quiniela.

Comparando con los modales del Arquitecto Julio, El Jefe se dio cuenta que el servilismo de El Gordo era realmente asfixiante. El día del encuentro con los empresarios, Julio se encargó de todo discretamente, y cuando llegó la hora de la

conferencia de prensa no se quedó pegado a él en el salón sino que se fue a una habitación contigua. Desde allí, con tres monitores y un auricular, el Arquitecto seguía los detalles de la conferencia como si fuera un director de cámaras.

Todo iba a pedir de boca. Esta vez habían seleccionado mejor a los periodistas. Los cronistas hacían preguntas complacientes, y El Jefe aprovechaba cada pie que le daban para hacer su discurso proselitista. Mientras, El Arquitecto se paseaba por los tres monitores. En el primero, sintonizado en el Canal 26, se veía la conferencia de El Jefe de manera casi impecable. Había algunos inconvenientes para captar las preguntas de los periodistas del fondo, pero el audio del Gobernador era bueno y eso era lo importante. Un sobreimpreso cruzaba la imagen: "En vivo: conferencia de prensa del líder de La Corriente".

El segundo monitor mostraba la pantalla de Crónica TV, que en ese momento emitía carreras de caballos grabadas

durante el fin de semana. Entre carrera y carrera daban informes meteorológicos.

El tercer monitor estaba clavado en TN. Con una cámara más distante que la del Canal 26, mostraba a El Jefe enfrentando al periodismo. El audio era bastante malo, y para salvar el problema, el notero de TN repetía en tono bajo las preguntas y las respuestas para la audiencia.

Todo iba bien, y de repente, la pesadilla recomenzó. La clásica placa roja de Crónica TV decía en gigantescas letras amarillas: "EN VIVO: CONMOVEDORAS IMÁGENES DEL ENTIERRO DEL MAGO".

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

28. ADIÓS CON BRONCA

La cámara mostraba a René Tenembaum, Tufí Memet, Ararat y al Gitano llevando el féretro de Alfredo como si no pesara. Detrás venía Daniela, abrazada por el mago Gorosito y el Titán Peucelle. Más atrás, una docena de magos hacían aparecer flores de papel de la nada, y las arrojaban sobre el cajón. Desde los costados, los chicos de la agrupación H.I.J.O. S. mostraban carteles y gritaban pidiendo justicia para el mago y cárcel para el genocida Astorga.

Muchachos en zancos iban arrojando claveles, y a sus pies se contorsionaban acróbatas y revoleaban sus clavas los malabaristas. Entremezclados con ellos había más Titanes, todos con sus mallas de luchador.

Y cerrando el cortejo fúnebre, centenares de chicos que no sabían si estaban en una fiesta o en un entierro. Sus caras no se terminaban de decidir entre la tristeza y el asombro.

Un cuarentón lloraba sin taparse la cara. En medio de los sollozos levantó los puños al cielo con bronca y gritó:

- ¡Gloria a los Titanes!

La multitud empezó a mezclar dos cánticos, como una hinchada de fútbol:

- ¡Ti- taaaa- nes! ¡Jus-tiii-cia! ¡Ti- taaaa- nes! ¡Jus-tiii-cia!

El camarógrafo de Crónica TV se detuvo sobre la chica de trencitas. La piba llevaba algo que parecía un pañuelo estrujado, pero que no se alcanzaba a definir bien. Empezó a hacer zoom y la imagen de Daniela llenó de a poco la pantalla: acurrucada entre sus manos estaba Gricel, la paloma blanquita.

29. ESTAS FUERON LAS DECLARACIONES

En la habitación contigua al salón de conferencias, al Arquitecto se le congeló la sonrisa: la pantalla de Canal 26 también se sumaba a la transmisión en vivo desde el Panteón de Artistas de Variedades del cementerio de La Chacarita. Para no ser menos, a los dos minutos TN también lo hacía. Se arrancó con furia los auriculares, abrió la puerta y se asomó al salón. El Jefe seguía haciendo declaraciones, como si lo estuviera oyendo el país entero.

Pero en realidad, ya hacía rato que hablaba para nadie.

FIN

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

INDICE

ENTRAN A CORRER A LOS ARTISTAS

contacto con el autor:
docmuro@gmail.com